

LA ESPAÑA VACÍA ES UNA ELEGÍA

REFLEXIONES MÍNIMAS



Pilar Lacuna Gran

Escritora. Licenciada en Historia por la Universidad de Barcelona

Día de Santa Quiteria de 2020

Las ciudades las bordearé, como los buhoneros y los gitanos, igual que el jabalí y el gato garduño.

Viaje a la Alcarria, Camilo José Cela

El 31 de marzo de 2019 la España vaciada llenaba Madrid para manifestarse contra el olvido político. Miles de ciudadanos venidos de todas las provincias exigían un pacto de estado para paliar el abandono del medio rural, que en la Serranía Celtibérica y Extremadura son ya críticos, con extensos territorios completamente deshabitados o con una escasa densidad de población. El éxito de la convocatoria fue fulgurante. Unos meses más tarde, la histórica plataforma ciudadana *Teruel Existe*, fundada en 1977, logró su primer representante en el Congreso de los Diputados y el nuevo gobierno electo fundó una nueva Secretaría General para el Reto Demográfico. La respuesta a este creciente interés mediático hay que buscarla algunos años atrás.

La mirada vuelta hacia la extensión del territorio más allá de las capitales no es un fenómeno exclusivamente español. 2016 fue un año políticamente convulso, que visibilizó la crisis del

proyecto político liberal y el empoderamiento de las clases populares rurales tras la llegada de Trump a la Casa Blanca, el Brexit en Inglaterra, y el señorío de Marie Le Pen en Francia. La España profunda, que parece tan nuestra, tiene miles de espejos por doquier: también existe la profundidad atávica en la América trumpiana, o en la Francia periférica, y en la pequeña Inglaterra. Las ciencias sociales se han acercado también a esos territorios políticos baldíos para dar explicación a la deserción masiva de los ideales ciudadanos progresivos que encarnaban las ciudades en contraposición a los llamados populismos. Las ciudades están cada vez más llenas, más abigarradas, más indiferentes, y más deshumanizadas.

El geógrafo francés Christophe Gyilly ha profundizado en la última década en los conflictos sociales de la Francia contemporánea bajo el prisma del territorio, recreando un atlas de fracturas sociales. Gyilly ha señalado la existencia de una Francia invisible que vive en pequeños pueblos y ciudades, o en los márgenes de las periferias urbanas compartiendo espacio con una creciente población migrada, y que, a pesar de ser el sesenta por ciento de la población total, se ha

sentido desplazada del centro político. La *France périphérique* se ha refugiado en un voto protestatario, creando una contracultura centrada en la autoctonía en contraposición a las incertidumbres de la mundialización, de la multiculturalidad y la precariedad que han intensificado las desigualdades económicas entre las áreas metropolitanas y otros territorios, dejando regiones enteras en el desempleo crónico.



El problema de la despoblación no es tampoco particularmente novedoso en nuestro país. El éxodo rural es un proceso ya antiguo y global, que a mediados del siglo XX estaba consolidado y apuntaba al modelo centrípeto en el que las ciudades contemporáneas aglutinan y atraen cada vez más población en la esperanza de un mejor empleo, educación, entretenimiento y movilidad social, dejando atrás una vida que ofrece pocas oportunidades. En 2011 los profesores de la Universidad de Zaragoza, Fernando Collantes y Vicente Pinilla publicaban una historia de la despoblación rural en España desde 1900. El libro fue publicado originariamente en inglés en Reino Unido y no fue publicada en castellano ante la escasa rentabilidad comercial del proyecto. La primera edición en castellano apareció finalmente en 2019 como *¿Lugares que no importan?, la despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente. ¿Qué ha cambiado en tan poco tiempo?* Los propios autores reconocen que:

“En los ocho años que han pasado desde entonces, en España el estatus mediático de la despoblación rural se ha transformado de manera espectacular. De la mano de grandes comunicadores, la despoblación rural se ha colocado en un sorprendente primer plano de la actualidad. Al dedicar uno de sus programas de *Salvados* a la despoblación, Jordi Évole devolvió el tema al *prime time* televisivo en que, veinte años atrás, lo había colocado José Antonio Labordeta con su exitosa serie *Un país en la mochila*. Otro periodista, Sergio del Molino, obtuvo un gran éxito con su ensayo *La España vacía*, donde, con una prosa atractiva, combinaba reflexiones socioeconómi-

cas con un recorrido por las visiones del medio rural que nos ofrece el cine o la literatura españolas, todo ello aderezado con jugosas anécdotas personales de su labor profesional cubriendo noticias en pequeños pueblos. El éxito del tándem Évole-Del Molino ha

generado un efecto dominó que aún no se ha detenido mientras escribimos estas líneas”.

Siguiendo la senda de la *Lluvia amarilla* (1988) de Julio Llamazares, son numerosos los ensayos que han irrumpido en el mundo editorial: *El viento derruido. La España rural que se desvanece* (2006) de Alejandro López Andrada; *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural* (2015) de Emilio Gancedo; *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* de Sergio del Molino (2016); *Los últimos. Voces de la Laponia española* (2017) de Paco Cerdá; *Quién te cerrará los ojos. Historias de arraigo y soledad en la España rural* (2017) de Virginia Mendoza.

Sin duda *La España Vacía* de Del Molino es el que mayor impacto ha generado. El suyo es un libro de viajes, y también una crónica periodística, otras veces es una deconstrucción de los estereotipos agrarios, y todo plagado de referencias cinematográficas y literarias. Del Molino recorre con acierto esos lugares simbólicos de la identidad española: las Hurdes de Buñuel, Puerto Hurraco, Fago, la Mancha cervantina, la Castilla de Azorín y Machado, el Moncayo becqueriano y el gran trauma del éxodo rural masivo entre 1950 y 1970. Recoge todos los lugares comunes agrarios: el aburrimiento, la violencia, el rechazo al desconocido, y las rencillas personales; pero también la creatividad de la migración en las barriadas de las grandes ciudades, todo salpimentado con reflexiones personales.

Su gran éxito reside en haber proporcionado un nuevo nombre a un viejo problema. De igual forma que la generación del 98 se refugió en los campos de Castilla para afrontar el fracaso español desencadenado por la derrota militar en la guerra hispano-estadounidense y la consiguiente pérdida de las colonias, Del Molino viaja a la España vacía para encontrar lo que nos une, para recrear una identidad nacional en

nuestros orígenes pueblerinos. La etiqueta es lo suficientemente sugestiva como para persistir en el tiempo y a la vez generar controversia por su inexactitud. La España vacía no es un lugar socioeconómico o geográfico sino un lugar de ficción. Y en este sentido, es un buen punto de partida para contextualizar al fenómeno literario dominante en las primeras décadas del siglo XXI: el llamado neo-ruralismo literario, que ubica sus historias y personajes en el campo. Entre los numerosos títulos de ficción publicados recientemente caben destacar *La coartada del diablo* (2007) de Manuel Moyano; *Belfondo* (2011) de Jenn Díaz; *Lobisón* (2012) de Ginés Sánchez; *Intemperie* (2013) de Jesús Carrasco; *El niño que robó el caballo de Atila* (2013) de Iván Repila; *El bosque es grande y profundo* (2013) de Manuel Darriba; *Alabanza* (2014) de Alberto Olmos; *Las efímeras* (2015) de Pilar Adón; *Meteoro* (2015) de Mireya Hernández; *Por si se va la luz* (2016) de Lara Moreno; *Tierra de mujeres* (2019) de María Sánchez.

El nudo gordiano de este movimiento estriba en que el extrañamiento más acuciente en las sociedades contemporáneas no reside tanto en el campo abandonado, sino en el corazón de las ciudades. La mayoría de autores viven en una ciudad y su vuelta al pueblo es vivida como una posible respuesta a las crisis existenciales y los conflictos del mundo global: una creciente angustia de vivir vidas semejantes y estandarizadas, la gentrificación, los usos sociales convertidos en espectáculos turísticos masivos, la pérdida de “autenticidad” que nos embarca en la búsqueda de unas raíces que nos signifiquen, de un espacio antropológico en contraposición a los no-lugares, en palabras de Marc Augé.

Como en el Macondo de García Márquez, o en el páramo rulfiano, la llamada literatura neorrural se sumerge en una interioridad. El campo no es tanto un lugar de conflicto social sino de abandono poético. Son libros de viajes, novelas y poesía en los que el secarral ibérico ya no es escenario trágico, sino un mundo que se agota, del que todos procedemos, pero que se extingue ante nuestros ojos. La España vacía es una elegía.

El campo tiene una gran tradición en la

literatura española y también el libro de viajes de cercanías. En la posguerra, Josep Pla viajaba en autobús por el Ampurdán con la esperanza de que nosotros, lectores del futuro, pudiésemos resucitar “la vida que estamos arrastrando, el chaparrón que estamos capeando”. Camilo José Cela vagabundó la Alcarria en busca de nada para encontrar un retablo de gentes, dichos, refranes y coplas. Los paisajes castellanos de Delibes sustentaban el miedo a la muerte, a la violencia, al desamparo y a la injusticia. Sin embargo, la pulsión de esta nueva generación de autores no parece residir en la humildad, en la sencillez y la llaneza de lo poco que se es, y de lo vulnerable que se es. El campo neorrural está vacío. En él no habitan gentes. Paco Cerdá inicia su libro con una potente exposición de motivos: “Vine a Motos porque me dijeron que acá vivía un solo habitante, un tal Matías López. Vine a buscar la zona cero de la despoblación, el punto justo donde el tumor de la soledad se transmuta en metástasis extrema de la desolación. Vine un domingo a mediodía buscando a un pastor



soltero llamado Matías. Pero no hallé más que silencio y soledad. No encontré otra cosa que un no-lugar en un no-tiempo, una encrucijada geográfica y mental alejada de toda coordenada conocida”.

El viaje de la posguerra era un vuelo gallináceo debido al aislamiento y la autarquía franquista. El viaje al pueblo era pues, un efecto colateral de la miseria y un paisaje estético que se ajustaba a la escasez y la austeridad. Éramos todos pobres. Resulta pues sorprendente esta vuelta desde la opulencia contemporánea y donde cualquier destino europeo está al alcance de casi cualquiera. Casi por el precio de un billete en autobús. Pareciera como si el viaje exótico hubiese perdido su magia, no nos ofrece nada que no hayamos visto antes. No nos libera de la sensación de que estamos hechos de serie. El turismo nos aboca a buscar lugares únicos, allí donde nadie va. Tal vez necesitemos pues un terreno baldío, sin gentes que nos sorprendan con su sencillez y hospitalidad.

Sergio del Molino dice que esta literatura del retorno a los orígenes “podrá despreciarse como una moda, pero es difícil prefabricar unas emociones tan íntimas y unos discursos tan volcados hacia el interior. Yo también hice mi propio viaje de vuelta en 2014», añade, «en una novela titulada *Lo que a nadie le importa*, que termina en la aldea menguante donde nació mi abuelo y que es el núcleo de mi propia mitología familiar” (2016: 244).

La España Vacía está escrito con un proyecto político en mente, el de armar un país que nunca fue por la práctica exclusión de su territorio en el cuerpo político, pero no es precisamente el de darle un futuro a la vida rural. El pueblo es, en el mejor de los casos, un territorio mítico de la infancia, de veranos azules, de abuelos que callan guerras, de estaciones polvorientas y vocabularios analfabetos, un pasado que se recrea con nostalgia desde los conflictos de la vida urbana. Para Del Molino la eterna dicotomía ciudad campo puede resolverse para configurar un mínimo de unidad nacional, en una coyuntura de tensión y desintegración, desde la premisa de que, en el fondo, todos los de ciudad vienen de algún pueblo. La España vacía está en las casas de la España llena. El problema es que este viaje hacia la autenticidad española se escribe desde la capital.

Decía Josep Pla en su *Viaje en Autobús* (1941-42) que “hay que viajar para darse cuenta de que una

pasión, una idea, un hombre, solo son importantes si resisten una proyección a través del tiempo y del espacio”. En toda esta nueva nostalgia el pueblo ni sorprende ni descubre, simplemente confirma. Me pregunto si esa proyección se hace sobre el yermo para no ser, precisamente contestada. En esta recuperación de la mitología rural hay notables ausencias: en los pueblos todavía vive gente.

Y además las gentes que los habitan son personas de muy diversas procedencias. La multiculturalidad no es distinta a la de Madrid o Barcelona. La España vacía es también un poco marroquí, rumana, senegalesa y china, y uno se maravilla de revivir a Paco Martínez Soria en labios diseñados para cantar música de Cora. El campo parece una alternativa de vida para ecologistas o minimalistas que puede crecer y consolidarse. Consultando el Instituto Nacional de Estadística he descubierto que la población en pueblos de menos de cien habitantes casi se ha duplicado desde 1996. La oposición no es ya ciudad *versus* campo, sociedad y naturaleza, sino lo orgánico frente a lo tecnológico. Lo industrial frente a lo artesano. El espacio físico frente al espacio virtual. Es difícil ya distinguir a un habitante de una ciudad o de un pueblo como lo era en la posguerra, por ejemplo. El paleta y el urbanita habitan espacios diferentes, pero comparten ya los mismos valores globales, las mismas pautas de consumo y los mismos destinos vacacionales. Tal vez esta nueva narrativa introduzca un nuevo juego de expectativas, de decisiones vitales cruciales, y de últimos trenes condenados al fracaso. La conquista del oeste demostró que América no estaba vacía.

Estas líneas se han escrito en confinamiento. Y tras casi dos meses de arresto domiciliario, la España vacía se ha manifestado en todo su valor simbólico: quién pudiera estar hoy en un campo florecido. Y hacer deporte al aire libre, y tomar el sol, y tener un huerto donde crezcan tus propias hortalizas, sin pesticidas ni manipulaciones genéticas, y nunca más regresar al tráfico, a la contaminación, a las aglomeraciones y sus rituales desesperantes de colas y suspicacias miserables. Dicen que los delfines, cisnes y peces están retomando los canales de Venecia y que los ciervos pasean por las calles de París. Los animales salvajes transitan los espacios humanos abandonados y algo dentro de nosotros parece asentir, intuir, que esto es algo bueno, aunque sea una *fake new*. Cuidense ustedes mucho. _____